

ropeos daban el nombre de Tetudos, y que desde el origen de la ocupacion habian declarado una guerra á muerte á los españoles, y especialmente á los Jesuitas; porque al ver los progresos de las reducciones, habian juzgado que tarde ó temprano se verian precisados á renunciar á su existencia nómada. Acrecentó de tal modo su odio esta idea, que después de poner en juego todos los recursos de su imaginacion para satisfacerle, y advirtiéndole que los misioneros se sustraian á su encono, se decidieron á devastar á sangre y fuego las nuevas colonias. Después de saquear la de San Antonio, primera víctima designada por ellos, practicaron lo mismo con la de San Miguel y Jesús María; y esparciendo el terror y la muerte do quier que se dirigian, degollaban á sus moradores, y se llevaban cautivos á sus hijos y mujeres. Exasperados al ver la resistencia de los neófitos que trataban de contrarestar su barbarie, los estrechaban por hambre; como sucedió en la colonia de la Concepcion, donde el P. Salazar, así bloqueado, se vió reducido á alimentarse con la carne de las víboras, hasta que fué el P. Cataldino á hacer levantar el sitio.

El Tucuman no estaba tampoco mas al abrigo de las hostilidades que el Uruguay. Invadido por los Calchaquis, veia permanecer á los europeos indiferentes espectadores de aquella lucha entre el cristiano y el salvaje, dejando á los Jesuitas el cuidado de proteger á aquellas tribus á quienes habian emancipado, y en cuyo favor hubieran tomado las armas, si hubiesen estado reducidas á su primera condicion de esclavas. Pero, ni aun este mismo cuidado era ya suficiente, porque los Tetudos habian reunido las hordas errantes, con las que solo se dirigian á donde pudieran oponerles una débil resistencia. En menos de un año, desde 1630 á 1631, estaban ya enteramente destruidas las reducciones de San Francisco Javier, San José, San Pedro, la Concepcion, San Ignacio y Loreto. Apoderóse la desesperacion de los corazones de algunos neófitos, que, sin ser bastante numerosos ni aguerridos para hacer frente á aquellas nubes de bárbaros que combatian con los venenos, las flechas y toda clase de armas europeas, imputaron á los Padres la culpa de sus reveses, por no haber podido precaverlos á costa de su sangre. Estos infortunados, habituados ya al bienestar de la civilizacion, al verse reducidos á la indigencia, sin asilo, sin familia, y escondidos en los bosques, no sabian sino deplorar sus calamidades; mientras que los Jesuitas, á vista de tamaños pa-

decimientos, que se les hacian cada vez mas dolorosos, tomaron de improviso una resolucion atrevida. Visto que no podian esperar socorro alguno de los españoles, á quienes los Tetudos habian formado el proyecto de sitiar á Villarica y demás ciudades, y queriendo salvar á toda costa á sus neófitos, se deciden á ensayar una emigracion. Comunican su pensamiento á los caciques; dicenles que es indispensable abandonar sus cosechas, sus rebaños, la morada que se han construido y la iglesia donde tantas veces han ido á implorar la proteccion del cielo; y los Guaranis se levantan, y declaran que marcharán como unos ciegos do quier que los misioneros se propongan conducirlos.

El P. Montoya, que ha propuesto este último medio, es quien se encarga de realizarlo. Acompañados los Guaranis de los misioneros, que tratan de compartir con ellos sus penalidades guiándolos al desierto, se embarcan todos en el Paranapané, descienden el Paraná hasta el Gran Salto, y conduciendo sobre sus hombros á los enfermos, ancianos y niños, se internan en los arenales; bajo los rayos de un sol abrasador caminan en pos de los Padres, costean por entre las rocas circuidas de precipicios, y dividiéndose en seguida en cuatro fracciones, á las órdenes de los Jesuitas Montoya, Suarez, Contreras y Espinosa, se dirigen hácia los rios de Acaray é Iguazu, esperando encontrar hospitalidad en aquellas cristiandades. Fue una de esas emigraciones que con tanta frecuencia se advierten en las poblaciones cuyos moradores lanza la guerra de su patria: verificáronse en ella padecimientos de toda especie y muertes horribles; pero por último, después de tres meses de penalidades, los que pudieron sobrevivir á esta peregrinacion llegaron á las orillas del Jubaburrus. De mas de cien mil almas que componian las colonias del Guaira en el momento de la invasion, cuando los Jesuitas lograron arrancar su última presa de manos de los Tetudos, solo pudieron reunir unos doce mil indios en derredor de la Cruz que izaban todavía; y fundando con ellos dos nuevas reducciones, inauguraron la toma de posesion, consagrándolas bajo la advocacion de Loreto y San Ignacio, como las dos que habian servido de modelo á los Guaranis.

Los españoles no habian querido convencerse de que estas colonias eran para ellos una muralla viva contra las incursiones de los salvajes. Los neófitos habian sucumbido por falta de socorro.

dejando al morir expuestas las ciudades europeas al furor de los bárbaros, quienes no encontrando ya víctimas en el Guaira, cayeron sobre Villarica y Ciudad Real, y las devastaron completamente.

Apenas habian devuelto la paz á sus neófitos, y apenas habian comprado, con el dinero de las pensiones que el Monarca español pagaba á los misioneros, los bueyes é instrumentos de labranza indispensables para el cultivo, cuando el P. Montoya encargó á los Jesuitas Juan Ranconier, Mausillo, Henart y Martinez, que visitasen á los Itatines. Esta nacion, careciendo de un centro, habitaba una comarca inundada irregularmente por los torrentes que se desprendian de las montañas; y sus relaciones con los españoles se limitaban á las noticias de un sacerdote portugués, que pocos años antes habia tratado de esclavizarla. Al ver á los Jesuitas, manifestaron su temor, sospechas y encono; pero no tardaron los misioneros en persuadirles que no entraban en su país con ánimo de sojuzgarlos á los españoles, y bien pronto crearon cuatro residencias. Sabedores los Tetudos de este resultado, invadieron repentinamente estas colonias nacientes. Ranconier quiere incitar á los indios á que se defiendan; pero los Tetudos han logrado persuadir á sus moradores, que vienen llamados por los Jesuitas: les dicen que los Padres son sus guías y sus espías, y que á ellos deben los triunfos de que hace algunos años es teatro el Paraguay. Este rumor produjo un efecto tan terrible en sus ánimos, que desde luego amenazaron la existencia de Ranconier: iba ya á perecer, cuando intervinieron los caciques, y reconciliando á los Jesuitas con el populacho, hicieron desaparecer á los Tetudos; y cuando estos hubieron abandonado aquel territorio donde habian sembrado la ruina y desolacion, volvieron á continuar la obra que la guerra acababa de interrumpir.

Mientras que las tribus itatinas empezaban su aprendizaje bajo la férula de los Padres, otros discípulos de Loyola, en quienes jamás tenia entrada el desaliento, marchaban á la conquista de nuevas poblaciones. Entraron por los años de 1632 en el Tapé los PP. Romero, Mendoza, Bertoldo y Benavides. Los indios de estas tribus, que no eran tan crueles ni antisociales como los demás, los acogieron como á sus libertadores; y estos erigieron otras tres reducciones en derredor de la primera, que habia tomado el nombre de la Natividad. No era bastante para saciar la

caritativa ambicion de los misioneros el tener que combatir con tanto ardor en nombre del cristianismo; exponianse á continuados riesgos, no solo por salvar las almas de sus prosélitos, sino tambien para suministrarles los alimentos necesarios á su subsistencia. Los Tetudos y Guapalaches interceptaban de tal modo los pasos, que aventurarse á transitar á alguna distancia de los domicilios, era lo mismo que querer perder la vida. Este peligro, sin embargo, no basta á intimidar al P. Espinosa. Sus neófitos están reducidos á perecer de hambre, y se hallan reducidos al último extremo, y siendo superior en él la caridad al temor, se dirige á Santa Fe; mendiga de puerta en puerta el pan que debe llevar á sus fieles, y al regresar lleno de júbilo, cae en poder de los Guapalaches, y muere atravesado de sus flechas. Con algunos meses de intervalo, el 25 de abril de 1635, sucumbió al mismo género de muerte el P. Mendoza, víctima de la caridad.

De la época de este asesinato data la imponente y marcial actitud que van á tomar en adelante las colonias cristianas. Luego que los neófitos del Tapé hubieron sabido que el P. Mendoza habia dejado de existir, resolviendo vengar su muerte, y marchando so pretexto de ir á buscar su cadáver para tributarle los honores fúnebres, atacaron el ejército de Tayuba, y le derrotaron completamente, á pesar de que el P. Mola habia tratado de oponerse á su proyecto. Preso Tayuba por el cacique de San Miguel, é interrogado por este último sobre el sitio en que habia muerto al Jesuita, lo arrastró al mismo paraje, donde le aplastó con su maza la cabeza. Esta victoria reveló á los neófitos un pensamiento militar, que los acontecimientos se encargaron de desarrollar después, á pesar de que los españoles estaban tan interesados en sufocarle como los mismos salvajes.

Algunos comerciantes, cuyas culpables esperanzas se veian arruinadas por la política de los Jesuitas, habian pactado con los Tetudos y demás tribus guerreras la compra de los prisioneros hechos en los combates, transformando en esclavos, á pesar de los Jesuitas y con desprecio de los reales decretos, á aquellos hombres á quienes los Padres acababan de sustraer á la barbarie. Esta situacion se hacia cada vez mas alarmante; y siendo indispensable hacerla cesar á toda costa, comisionaron á los PP. Diaz Tano y Ruiz de Montoya, esos dos hombres tan apreciados aun para los indios, como célebres en Europa, para que se presenten en

las cortes de Roma y Madrid, donde deben exponer, el primero al Papa y al General de la Compañía, los progresos y necesidades de la Religión en el Paraguay, y el segundo al Monarca español y Consejo de Indias, para pedirles poderosos socorros contra los Tetudos. Hé aquí la carta que con este motivo dirigió á Felipe III el obispo de Tucuman, Melchor Maldonado, religioso de la Orden de san Agustín:

«Señor: V. M. se ha servido mandar repetidas veces á mis predecesores que le informasen sobre la necesidad que pudiera tener la diócesis de Tucuman de religiosos que se dedicasen á trabajar en la conversion de los indios, para que el Consejo real de las Indias pudiese suministrarlos. Habiendo, en el espacio de tres años que estoy encargado de esta iglesia, visitádola toda entera, he adquirido un conocimiento bastante exacto de ella, y voy á dar cuenta á V. M. del estado en que se halla.

«Esta provincia, Señor, viene á tener unas cuatrocientas leguas de extension, y cuenta ocho ciudades y un gran número de poblaciones indianas, de las que las menos considerables tendrán doce ó catorce mil almas. Todos han recibido el Bautismo, si bien es verdad que la mayor parte de ellos han apostatado, siendo la causa su volubilidad natural y la falta de instruccion. Los Padres de la Compañía de Jesús habian convertido mas de cincuenta mil indios; pero estos religiosos se han visto precisados á abandonar la mision por culpa de los españoles, que han entrado á mano armada en el Chaco, cuyos habitantes son generalmente dóciles, no van desnudos como los demás indios, y están reunidos en aldeas, de las que ocho son cristianas, aunque carecen de pastores, y me es imposible proporcionarélos; porque aun en las parroquias españolas apenas hay un sacerdote que se halle en disposicion de poder ejercer su ministerio. Cuando puedo, remito dos veces al año algunos eclesiásticos que las visiten; pero aun esto no puedo hacerlo siempre: de esta manera tengo el disgusto de ver perecer sin socorro á un gran número de almas confiadas á mi cuidado, rescatadas con la sangre de Jesucristo, y que están bajo la proteccion de V. M.

«Necesitábase una gran reforma respecto á las aldeas indianas gobernadas por sacerdotes seculares; pero no veo medio alguno de hacerlo, porque estos sacerdotes son unos ignorantes, y no

«tienen capacidad para desempeñar sus obligaciones é instruir á los que tienen á su cargo. Por otra parte, el número de los regulares es tan insignificante, y los religiosos de san Francisco apenas son suficientes para el servicio de sus iglesias, que según mi dictámen, solo los Padres de la Compañía pudieran descargar la conciencia de V. M. y la del obispo. En todas las casas de la Sociedad se encuentran operarios dispuestos á cuanto se quiera exigir de ellos noche y dia, quienes, á mas de instruir á la juventud, se ocupan en visitar á los indios enfermos, en asistir á los moribundos, y cuidan con especial esmero á los negros y demás salvajes. En este concepto, he suplicado al provincial que acaba de llegar á esta ciudad con algunos religiosos para celebrar en ella una congregacion, que remita algunos operarios evangélicos al Chaco, con el objeto de que estos pueblos, que han tenido tan buenos principios de instruccion, puedan ser sometidos sin violencia al cristianismo. Al mismo tiempo le he rogado se sirva enviar á los pueblos mas abandonados de mi diócesis algunos predicadores, que al paso que se ocupen en predicar la reforma de las costumbres á los españoles, portugueses y mestizos, cuya conducta libertina es un gran escándalo para los indios, les administren los Sacramentos, que tan poco se conocen.

«El provincial me ha contestado que sus religiosos no podian hacer lo que yo deseaba, sin exponerse á ser víctimas de una persecucion semejante á las que sufrieron los años pasados, tanto en la provincia del Paraguay como de parte de los españoles y de los moradores de San Pablo de Piratininga y los del Tapé. Y en efecto, los españoles profesan una gran antipatía á los Jesuitas, porque defienden cuanto les es posible la libertad de los indios, segun que V. M. se ha dignado otorgársela. Mas á pesar de eso, cuando yo le hablé en nombre de V. M., haciéndole presente que estaba interesado en ello el servicio de Dios, comunicó sus órdenes sin demora á todos los colegios; y estoy seguro que abandonarán antes todas sus casas, que dejar de conformarse con mis deseos: por desgracia, empero, su número es muy limitado.

«Suplico á V. M. por las entrañas de Jesucristo, y en consideracion al inmenso número de almas, cuya salvacion me ha confiado este divino Salvador, y por las que ha derramado su san-

«gre en una cruz, que se digné enviarme cuarenta Padres de la
«Compañía, los cuales solo tengan permiso de ejercer su minis-
«terio en el Tucuman; pues no creo que en toda la Iglesia haya
«una diócesis mas desprovista de auxilios espirituales. Y puedo
«protestar, Señor, que si mis indispensables desembolsos no ab-
«sorbiesen toda mi renta, que solo asciende á cuatro mil escudos,
«los haria venir á mi costa. Creo haber descargado mi concien-
«cia, representando á V. M., que es el soberano de estas provin-
«cias y patrono de sus iglesias, la triste situacion de esta, al paso
«que le he indicado el remedio oportuno para poner un término
«á tamaños males. Dios guarde y conserve vuestra real persona
«para la defensa de la Religion. — Córdoba del Tucuman, el
«dia 11 de 1637.»

Como el obispo del Tucuman habia tomado tan á pechos la consolidacion del cristianismo en el Chaco, queriendo complacerle en un todo el superior de los Jesuitas, dió orden al P. Osorio para que se encaminase á este sitio. Obedece el Jesuita, y emprende su marcha por el país de los Ocloias, y funda de paso una residencia en este territorio; pero apenas habia logrado adquirir algunos prosélitos, cuando reclaman los Franciscanos este pueblo como una mision que les pertenecia. Osorio abandonó en seguida á sus neófitos, y atravesando en union del P. Ripario, que se le habia agregado en el camino, las montañas de aquel país, caen en poder de los Chiriquanes, los cuales lanzándose sobre un jóven español que acompañaba á los misioneros, le devoran sin compasion, y asesinan en seguida á los Padres, después de hacerles experimentar las mas atroces torturas.

Mientras espiraban aquí bajo la maza de los bárbaros, en otras partes reanimaban el espíritu abatido de los indios, á quienes, en vez de la paz que se les prometiera, obligaban á fugarse de sus colonias entre el Uruguay y el Piratini, declarándoles do quiera la guerra; pero una guerra que ya no les era dado sostener como salvajes, ni sabian hacer como hombres. Ya no eran bastante crueles para recurrir á las flechas emponzoñadas de su país: no se hallaban suficientemente amaestrados para utilizar su valor. Hallábanse en ese estado de transicion tan funesto para las naturalezas débiles. Mas, luego que los Jesuitas obtuvieron la facultad de usar armas de fuego, disciplinándoles y enseñándolos á economizar su sangre, no tardaron en hacer de ellos verdaderos soldados, que

hostigados por los Tetudos, y convencidos de que les iba en ello la esclavitud ó la muerte, se decidieron á vender sus vidas tan caras como su libertad; y resistiendo desde este dia á sus enemigos, señalaron con grandes batallas este nuevo período. En estos combates, en que los Jesuitas se colocaron siempre á la vanguardia, y en que los PP. Alfaro, Borea y Romero prestaron servicios inmensos, ora animando á las tropas, ora llevándolas numerosos refuerzos, siempre obtuvieron ventajas los Católicos. Sin embargo, viéndose incesantemente acometidos, porque la Religion les prohibia asesinar á los prisioneros, tuvieron que buscar un asilo en la emigracion, y les señalaron para su residencia el país situado entre el Paraná y el Uruguay.

Por un cálculo, cuyas previsiones tenian mas de políticas que de humanas, el Consejo de Indias no habia permitido el uso de las armas de fuego, sino solamente á los españoles, porque de esta manera les aseguraban la dominacion. Pero los Jesuitas hacian reconocer como vasallos de la corona de España á todos los pueblos que se sometian al imperio de la Cruz, formando con ellos la vanguardia de los ejércitos europeos: bajo este punto de vista presentó Montoya la cuestion á Felipe IV, quien la resolvió en el mismo sentido que el Jesuita, decidiendo que desde aquella misma fecha todos los indios residentes en las colonias podrian usar armas de fuego, con las reservas, sin embargo, que los misioneros de la Compañía, mirando el interés general, hubiesen impuesto respecto á esta facultad.

Como la fuerza de que disponian los Cristianos servia ya de freno á la audacia de los Tetudos y sus aliados, no fue menester mas que reparar las pérdidas que la muerte, la desercion ó la esclavitud habian ocasionado á las colonias. El P. Antonio Palermo costeó el Paraná hasta la embocadura del Monday, mientras que otros Jesuitas se lanzaron en distintas direcciones, unos á los bosques, y otros á las montañas, regresando todos acompañados de una multitud de salvajes. Estos Padres reclutaban cristianos, y el P. Diaz Tano, después de haber terminado su embajada en Roma bajo los mas felices auspicios, regresó al Paraguay en 1640, con nuevos refuerzos, y habiendo obtenido del soberano Pontífice cuanto estaba encargado de solicitar. Montoya habia sido igualmente afortunado en Madrid; mas la justicia hecha á los neófitos indios por su Soberano y por el jefe de la Iglesia universal, en-

contró detractores interesados. El Papa fulminaba sentencia de excomunion contra los españoles y portugueses residentes en el Brasil, así como también contra sus compatriotas del Paraguay, que especulaban con los indios comprados á los Tetudos, ó con los que dominaban ellos mismos; y habiéndola promulgado el P. Tano en Rio-Janeiro, en Santos y en San Pablo de Piratininga, exasperados los comerciantes españoles al escuchar estas amenazas de la Iglesia, deponen todo miramiento, y su encono no conoció límites. No podían dirigir su encono contra el papa Urbano VIII, pero se encarnizan contra los Jesuitas, autores de aquel rescripto, ó por mejor decir, que habian sido los que impulsaron al Pontífice á promulgarlo, y por lo tanto resuelven exterminarlos: los gritos de expulsion y muerte resonaron mas de una vez en sus oídos. Mas estos, que por medio de Tano habian cumplido un gran deber, anunciaron que se debia respetar el breve pontificio y las órdenes del Rey, y que una vez que habia solicitado uno y otro, sabrian hacerlo cumplimentar.

En medio de estos obstáculos, el obispo y D. Felipe Albornoz, gobernador del Tucuman, deseaban con ferviente ardor que los Padres penetrasen en el Chaco; porque si bien es verdad que las hostilidades de los Calchaquies y sus incursiones en el territorio del Paraguay habian turbado por un momento las nuevas cristiandades, formadas con tanto trabajo; aquellos escuchaban al fin la palabra de Dios, y acogian con todo respeto á los PP. Fernando de Torreblanca y Pedro Patricio, que habian sido enviados á sus montañas. Semejante empresa no dejaba de ofrecer numerosas dificultades; era preciso principiar por pedir hospitalidad á unos antropófagos, y recorrer países desconocidos, en donde durante los calores es imposible hallar una sola gota de agua potable, y que durante los otros seis meses, por un contraste horrible, no son otra cosa que un vasto mar¹. El P. Pastor, rector del colegio de Santiago, fue el primero que solicitó el honor de arrostrar estos peligros, y, acompañado de Gaspar Cerqueira se

¹ Los Anglicanos, que no pensaban entonces que vendria un tiempo en que el protestantismo tendria sus traficantes en Biblias y sus especuladores en conversiones, han evocado hasta el númen de los poetas para calumniar á los Jesuitas, á quienes degollaban en Londres, expulsándolos á la vez por medio de odiosas intrigas de los continentes que habian civilizado, y haciéndolos acriminar hasta en el desinterés propio de los misioneros católicos. En el segundo

puso en camino, resuelto á penetrar en el país de los Abipones, á la extremidad oriental del Chaco. Detuviéronse en Matara, donde oyeron terribles amenazas contra sus vidas, mas sus palabras bastaron á calmar esta irritacion. Los Mataranes, pueblos embrutecidos por la ignorancia, el desenfreno y la crápula, y en los que no existia huella alguna de cristianismo ni vestigio alguno de razon, sabian que los Padres no hacian causa comun con los españoles para sojuzgarlos, y que los indios no podrian jamás encontrar defensores mas intrépidos de su libertad; y conociendo por otra parte que solo un sacrificio á toda prueba podia conducirlos al interior de los valles, se dejaron instruir, sin oponer resistencia.

Desde Matara al país de los Abipones hay que atravesar un desierto inmenso, habitado solo por jaguares, especie de onza americana, y un lago pestilencial formado por las avenidas del Rio-Rojo. Pero todós estos peligros no bastaron á intimidar á Pastor, que á pié y sin otro guia mas que su celo, llegó á esta region en 1641. Los Abipones manifestaban un carácter tan terrible como su clima. Iban enteramente desnudos: su mirada feroz é inquieta, los cabellos largos y horripilados, los venablos y mazas que blandian por encima de sus cabezas, la piel pintada á manera de piel de tigre, y cubierta de plumas de avestruz, lo mismo que sus labios y narices, comunicaban á su fisonomía un conjunto de ferocidad selvática, que hubiera hecho retroceder al mas audaz. El Jesuita no se intimidó al verse rodeado de aquellas hordas que lanzaban gritos agudos; manifestóles el objeto de su viaje, y la confianza que tenia en Dios y en su buena fe, y admirados los bárbaros de aquella actitud tan tranquila, le acogieron con demostraciones de júbilo; siendo desde este dia su amigo y su guia, como también su protector: inicióles en los primeros rudimentos de la civilizacion; estudió sus costumbres, su carácter; y

tomo de los *Viajes de Frasier* (edicion de Holanda), después de referir el autor á su manera lo que habia visto en el Paraguay, termina su relacion con estos dos versos ingleses:

*No Jesuít cer took in hand
To planta church in barren land.*

Ó lo que es lo mismo: *Ningun hijo de Loyola plantó su iglesia y su fe en tierra que estéril fue.* El anglicanismo no teme mentir en la historia; ¿qué tiene de extraño que mienta en sus poesías?